



La inmolación de Galileo

Pocas semanas antes de morir, al abad que gobernó 33 años la Basílica de Guadalupe le seguía ganando la risa cuando el autor de estas líneas lo equiparaba con Galileo Galilei.

Guardadas las diferencias entre la física del universo y la metafísica de la fe, el italiano se expuso a la excomunión por demostrar que la tierra gira alrededor del Sol, y el mexicano se sometió a la vergüenza pública por intentar frenar la oficialización de un mito:

"Juan Diego es un símbolo, no una realidad", dijo en 1995 en una entrevista que pasó inadvertida en la revista católica *Ixtus*.

Desde 1984, con el entonces cardenal Ernesto Corripio a la cabeza, había empezado en Roma el trámite formal para la santificación.

La íntima convicción de Schulenburg era bien conocida y aun compartida entre obispos y arzobispos, pero fue convenientemente manipulada un año después en la revista *30 Giorno* de Roma para sofocar su aspiración de convertir en diócesis la Villa de Guadalupe.

Su posición antiaparicionista fue tachada de "herética" por muchos de sus correligionarios en el ministerio, algunos de los

cuales azuzaron su linchamiento público y promovieron inclusive la idea de que debía renunciar al sacerdocio por *Odium Plebis*: "odio del pueblo"; en tanto que rabiosos activistas del Comité Nacional Pro Vida y de la Unión Nacional de Padres de Familia realizaron actos de furibunda protesta contra el "traidor a la Iglesia católica".

El balconeo en Roma de lo que pensaba ocurrió cuando el Vaticano estaba destrabando el proceso de canonización del personaje cuya existencia nunca nadie ha podido demostrar, pero que terminó imponiéndose con un indito devenido "noble", barbado y hasta "apadrinado" por Hernán Cortés.

Contra sus convicciones, sin embargo, Schulenburg acató resignado la canonización.

Reducido a *abad emérito* (el papa Juan XIII lo había nombrado "vitalicio"), capoteaba su retiro escribiendo la columna mensual *Desde la fe* en *Gente Sur*, donde bajo el título "La Virgen de Guadalupe" sintetizó así su vocación: "...¿Y cuál es el mensaje esencial de Santa María de Guadalupe? Aquel que durante más de dos mil sermones expresé a los 12 o 15 mil peregrinos que acudían regularmente, y casi 100 mil los domingos, durante mis 33 años de abad, y que nos dejó Nuestra Señora: "¿No estoy yo aquí, que soy tu madre, no corres en todo por mi cuenta, no acaso te tengo en mi regazo, no te tengo entre mis brazos? Entonces, ¿qué puedes temer?".

Del escándalo que desembocó en su renuncia, su explicación invariable fue siempre que "una cosa es el culto a la Santísima Virgen María, bajo la advocación de Guadalupe, la gran devoción del pueblo de México a esa imagen, que tenemos allí desde mediados del siglo XVI, y otra cosa es el indio, la santificación y las apariciones de la Virgen al indio".

Juan Diego en todo caso, sabía Guillermo Schulenburg, es "un símbolo de nuestras razas mexicanas, del indigenismo, más que una realidad...". ■ M

cmarin@milenio.com

